



CyP

Revista Cambios y Permanencias
Publicación académica e interdisciplinaria
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol.12, Núm. 2, pp. 240-278 - ISSN 2027-5528

De las lecturas a la producción colectiva. Elaborando escritura desde la reflexión crítica y sociosubjetiva para un sentipensar novedoso en Ciencias Sociales. Un acercamiento surpatagónico

From readings to collective production. Writings from critical and socio-subjective reflection towards an innovative sentipensar in Social Science. A South-Patagonian approach

Celina Pejkovic

UNPA – Argentina

orcid.org/0000-0002-8437-0177

Pedro Ignacio Cornejo

UNPA – Argentina

orcid.org/0000-0002-5593-6119

Mónica Viviana Norambuena

UNPA – Argentina

orcid.org/0000-0003-3008-8771

Mariana Antonela Trinidad

UNPA – Argentina

orcid.org/0000-0003-0849-2006

HAREDES

Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

De las lecturas a la producción colectiva. Elaborando escritura desde la reflexión crítica y sociosubjetiva para un sentipensar novedoso en Ciencias Sociales. Un acercamiento surpatagónico

Escrito por el gay, la tragalibros, la huinca y la pendeja

Celina Pejkovic: Universidad Nacional de la Patagonia Austral- Unidad Académica Río Gallegos. Licenciada en Sociología. Correo electrónico: celinapejkovic@gmail.com
ORCID-ID: <http://orcid.org/0000-0002-8437-0177>

Mónica Viviana Norambuena: Universidad Nacional de la Patagonia Austral- Unidad Académica Río Gallegos. Profesora en Geografía, Especialista Docente de Nivel Superior en Educación y TIC Proyecto de Investigación: Trayectorias migratorias de chilenos residentes en Río Gallegos, Patagonia austral Argentina. Correo electrónico: mnorambuena@uarg.unpa.edu.ar ORCID-ID: <http://orcid.org/0000-0003-3008-8771>

Pedro Ignacio Cornejo: Universidad Nacional de la Patagonia Austral- Unidad Académica Río Gallegos. Instituto de Educación y Ciudadanía – Servicio de Intervención y Asesoramiento Institucional. Profesor en Ciencias de la Educación – Análisis Institucional de las Prácticas Sociales y Pedagogías Alternativas. Correo electrónico: pcornejo@uarg.unpa.edu.ar ORCID-ID: <http://orcid.org/0000-0002-5593-6119>

Mariana Antonela Trinidad: Universidad Nacional de la Patagonia Austral- Unidad Académica Río Gallegos. Estudiante de la Licenciatura en Trabajo Social. Correo electrónico: t.mar.antonela@gmail.com; mtrinidad@uarg.unpa.edu.ar. ORCID-ID: <https://orcid.org/0000-0003-0849-2006>

Resumen

En el presente trabajo se realiza una revisión crítica en nuestros hitos significativos en pos de incorporar una nueva mirada acerca de los sujetos en el territorio y los procesos de conocimiento en torno a sus realidades. La propia vida cotidiana adquiere relevancia epistémica y se pone en juego a la hora de pensar nuestras trayectorias investigativas y las maneras de construir conocimiento. Compartimos vivencias, dolores, alegrías, frustraciones y, en el proceso, fuimos profundizando en la manera en que impactaron nuestra manera de comprender el mundo y comprendernos en el mundo. Buscamos “entrar en diálogo” con aspectos poco advertidos en el campo académico signado por las lógicas de producción y reproducción fuertemente academicista. Para ello se tomaron en consideración los siguientes ejes emergentes en el diálogo: a) Lecturas; que nos acompañaron tempranamente b) Énfasis en la diferencia porque nos percibimos diferentes en tanto podemos advertir formas particulares de ser-en-el-mundo; c) Apoyaturas porque hubo muchos “otros” que nos brindaron “partes de sí” en pos de impulsarnos hacia adelante; c) Formas diversas de construcción de los roles profesionales, ya que nuestras vivencias nos interpelan a construir nuevas formas de actuación dada la complejidad de nuestros contextos latinoamericanos; d) Nuestra manera de conectarnos con la investigación como práctica situada.

Palabras clave: pensamiento crítico; conocimiento situado; sujetos en el territorio; sentipensares; decolonialismo.

From readings to collective production. Writings from critical and socio-subjective reflection towards an innovative sentipensar in Social Science. A South-Patagonian approach

Abstract

In this paper we critically review our significant milestones to incorporate a new look at the subjects in the territory and the processes of knowledge around their realities. Everyday life

itself acquires epistemic relevance and it is at stake when thinking about our own research trajectories and methods to build knowledge. We shared experiences, pains, joys, frustrations and, during the process, we delved into the manner they impacted our way of understanding the world. We seek to "enter into dialogue" with little noticed aspects in the academic field marked by the logics of production and strongly academic reproduction. To this end, the following emerging axes were taken into account in the dialogue: a) Readings; that accompanied us early b) Emphasis on difference because we perceive ourselves different as well as we can notice particular ways of being-in-the-world; c) Support because there were many "others" who provided us "parts of themselves" to encourage us forward; d) Different considerations of constructing professional roles, since our experiences challenge us to build new forms of action due to the complexity of our Latin-American contexts; e) Our way of connecting with research as a situated practice.

Keywords: critical thinking; situated knowledge; subjects in the territory; sentipensares; decolonialism.

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2021

Fecha de aprobación: 8 de octubre de 2021

Hilos singulares para decir pluralidades

El presente trabajo realiza una revisión crítica en los hitos significativos de quienes nos “encontramos” a la hora de realizar el ejercicio reflexivo de incorporar una nueva mirada acerca de los sujetos en el territorio y los procesos de conocimiento en torno a sus realidades. Esta perspectiva, nos invita a comprender que “no nos conectamos diferente en la producción de conocimiento a como lo hacemos en la vida cotidiana” (Valiente, 2020b, p.11) y de esta manera animarnos a elaborar conocimiento desde “el borde”. De esta forma, la propia vida cotidiana adquiere relevancia epistémica y se pone en juego a la hora de pensar nuestras trayectorias investigativas.

Valiente (2020a), retomando la propuesta de Torres Carrillo, plantea la necesidad de un ejercicio autorreflexivo a través del recorrido de las propias biografías. “Esta manera de explicitar su trayectoria y situarse ante las problemáticas que estudia es un reto para los investigadores, quienes, en general, sólo explicitan los autores y marcos teóricos que estructuran un trabajo. También a partir de esa manera de presentarnos damos testimonio de nuestra época y relatamos nuestro presente” (p.6).

Quienes redactamos, retomamos esta propuesta y con valor hicimos un acto de inmersión en nuestras propias biografías. Compartimos vivencias, dolores, alegrías, frustraciones y, en el proceso, fuimos profundizando en la manera en que impactaron nuestra manera de comprender el mundo. Realizamos un recorrido del “nosotros” a “los otros”, “del sujeto autopercebido que percibe” al “sujeto percibido que se percibe” relacionado con “otros”, muy “diversos otros”.

Valiente (2020a), menciona que

[...] la reflexividad nos acerca una manera de presentarnos, nombrarnos, posicionarnos que resulta un ejercicio interesante y necesario de autorreflexividad. Esta manera de explicitar su trayectoria y situarse ante las problemáticas que estudia es un reto para los investigadores, quienes, en general, sólo explicitan los autores y marcos teóricos que estructuran un trabajo. También a partir de esa manera de presentarnos damos testimonio de nuestra época y relatamos nuestro presente [...] (p.6).

Somos cuatro personas con ninguno o muy poco conocimiento previo los unos respecto a los otros. Una profesora de geografía, un profesor en ciencias de la educación, una socióloga y una estudiante. Teníamos en común el ámbito universitario y el mundo de la investigación. Nos diferenciaban historias muy diversas entre sí. El diálogo fluyó desde

un primer momento, en un ámbito de cuidado, confianza y apertura. A medida que los relatos iban fluyendo y los hitos se iban deconstruyendo, descubrimos que había ciertos puntos/temas/problemas en los cuales nos veíamos reflejados, motivo por el cual se eligió el formato de ensayo en torno a cinco ejes constitutivos y constituyentes de subjetividad, que atraviesan nuestras historias y que permiten el poder analizarlas críticamente. Hablamos de: A)- las lecturas, B) -la percepción de sí como diferente, C) -la presencia de “otros” que brindaron su apoyatura, D) -las características de las propias formaciones profesionales y, finalmente E)- las trayectorias en investigación.

Ante la pregunta ¿por qué estos ejes?, entendemos que la convocatoria a la escritura se asienta en la necesidad de que nuestros senti-pensares conjugados reflexionen con relación a lecturas de los textos de autores propuestos en el Seminario¹ (y algunos otros con los que nos vinculamos). La perspectiva movilizó cuestiones de nuestra subjetividad de un modo tal, que buscamos nos permitiese “entrar en diálogo” con aspectos poco advertidos en el campo académico signado por las lógicas de producción y reproducción fuertemente academicista². Lecturas, porque nos sabemos partícipes y/o iniciados en “las artes de la decodificación gráfica” (somos lectores, alguno/a más asiduo/a que otro/a). Énfasis en la diferencia porque nos percibimos diferentes en tanto podemos advertir formas particulares de ser-en-el-mundo de cada cual de los integrantes del grupo. Apoyaturas porque reconocemos unos muchos “otros” más o menos cercanos en el espacio (y en la subjetividad) que nos han brindado “partes de sí” (de su vida, su tiempo o su aliento) en pos de impulsarnos hacia adelante, buscando apuntalarnos y/o entusiasmarlos. Formas diversas de construcción de los roles profesionales, tanto de los graduados como de la estudiante, en el sentido de que las acciones del mundo vívido y de las experiencias que nos suscita, nos interpelan a construir nuevas formas de actuación dada la complejidad de nuestros

¹ “Hacer Metodología de la investigación desde la perspectiva de los sujetos en el territorio” dictado por la Dra. Silvia Valiente en la UNPA bajo modalidad virtual en el período junio - julio 2021.

² Campo donde los saberes “subalternos” poca cabida tienen y/o despliegan. Saberes en los que la subjetividad es cuestionada, en tanto yergue sobre ella un “manto de sospecha” que pone en tela de juicio aquella producción de conocimiento que pone el foco sobre elementos subjetivos de todos los involucrados, basándose en esa falsa dicotomía objetividad-subjetividad (siendo veraz la primera y falaz la segunda).

contextos latinoamericanos y, finalmente, nuestra manera de conectarnos con la investigación como práctica situada.

¿Cómo sin conocernos pudimos encontrar “puntos en común”? Hablamos y escribimos desde “nuestras diferencias”³, las cuales han emergido desde una situación co-construida con base en una confianza manifiesta y supuesta que se ha visto favorecida por el espacio de encuentro. Resulta inquietante que el espacio virtual, el cual para nosotros era visto como “segmentante” (siempre desde nuestras ideas preconcebidas), se tornó un tiempo-espacio habilitado para lo nuevo, permitiéndonos elaborar en cierto ámbito de “confianza” una escritura habilitante y novedosa.

Nos unimos a la propuesta de los autores analizados en este seminario, de escribir desde el borde, entendiendo que este modo de producción de conocimiento es disruptivo y escandalizante⁴. Asumimos el desafío de ampliar la mirada hacia aquellos lugares tradicionalmente no-académicos donde se gestan nuevas formas de pensar, sentir y hacer. Y desde allí, compartimos aquellas experiencias que son para nosotros fundantes como investigadores con prácticas centradas en el sujeto. La afirmación de Valiente respecto a que “la producción más fructífera de conocimiento no se está gestando desde las universidades, sino más bien desde los márgenes” (Valiente, 2020^a, p.3) nos invita y anima a traer, a elaborar conocimiento científico a partir de lo que acontece en nuestra vida cotidiana, revalorizando la riqueza de aquellas vivencias.

La autora dice que “la investigación de borde significa no sólo pensarla, difundirla, sino desplazar la centralidad del investigador hacia el sujeto investigado, reconociendo la necesidad de avanzar hacia explicaciones más holísticas desde nuevos aportes transdisciplinarios” (Valiente, 2020a, p.9). El trabajo con nuestras propias subjetividades, nos vuelve más sensibles hacia la subjetividad otra. Subjetividad con la cual se propone co-construir una relación de conocimiento con la realidad.

A continuación, se presentan los ejes sobre los cuales se ha reflexionado.

³ Escritos disponibles al final del artículo bajo la modalidad de “post scriptum”.

⁴ Entendiendo que la propuesta “escandaliza” la tradición consolidada de/en la academia. Retomamos su raíz griega en la que aducía a “saltar”; en nuestro caso, “hacer saltar” a aquellas maneras y sus portavoces de hacer investigación con formas muy arraigadas.

Las lecturas ¿cómo punto de partida?

La mente fuerte y joven de Matilda siguió creciendo alimentada por todos esos autores que habían sacado sus libros al mundo como barcos al mar. Esos libros le dieron a Matilda un mensaje lleno de esperanza: No estás sola
De Vito, 1996

En el fluir dialógico de los relatos fue apareciendo, en las distintas voces, la presencia de libros que nos abrieron puertas a otros mundos. Este primer “factor común” empezó a entrelazarnos en un entramado en el que aparecerían múltiples aspectos/puntos/nudos en contacto. Lecturas apasionadas, infantiles, tímidas, curiosas, un ejercicio que paulatinamente se volvió un rasgo constitutivo de nuestras subjetividades y que, sin saberlo, marcarían un rumbo en nuestras vidas.

El primer recuerdo que tengo de estar frente a un libro por motivación propia fue a los siete años, había terminado primer grado y había aprendido a leer. Todo lo que tuviera letras, lo leía. Al llegar las vacaciones de verano, pasaba los días jugando afuera, pero lo alternaba con las relecturas del que, yo creía en ese momento, era el único libro que existía en mi casa, mi libro de lectura de primer grado “Yo solito”, nunca me olvidé el nombre (Mónica).

Los procesos de lectura se han conformado como una producción humana que pone de relieve la necesidad de continuidad en el tiempo de acciones y/o productos culturales diversos, necesarios de perpetuar/transmitir a las nuevas generaciones (y, de generar las posibilidades de cuestionar). Leer demanda además de un proceso de decodificación, la posibilidad de participar de “socio-lectos” que nos hagan miembros de la forma cultural que el escrito nos brinda. Pero leer no es sólo un acto técnico, es también un acto afectivo (nos afecta, nos toca las fibras más íntimas) y político; del poli-ethos, de las muchas éticas que nos forman y conforman. De ese mundo valorativo que heredamos y reconstruimos de manera cotidiana, naturalizada y profundamente incuestionada (la más de las veces).

Me sumergí en una infinidad de novelas con multiplicidad de historias y personajes, ingresando a un mundo fascinante que me abría las puertas a las vidas de una diversidad de personajes, a un sinfín de lugares que esperaban ser reconstruidos en mi imaginación, a increíbles viajes en el tiempo. Una inmersión en mundos que no hubieran sido accesibles de otra manera. Por esta vía, las variables tiempo y espacio entraron tempranamente a mi vida y me permitieron entender que cada historia sólo es entendible en el marco de su propio relato y condiciones, que cada sujeto tiene una razón para actuar, sentir y pensar de la manera en que lo hace. Nació un interés en las

narraciones en primera persona y en la perspectiva del otro, que se mantienen hasta el día de hoy (Celina).

La lectura y las lecturas (como acto individual y colectivo) nos han permitido sumergirnos en maneras divergentes de abordar el mundo y las relaciones que establecemos con los sujetos y nuestra subjetividad en tanto espacio-tiempo encarnado de y para una “investigación otra”. Elegimos pensar en la lectura como una puerta, la que nos demanda un movimiento cognisubjetivo en pos de “entrar en contacto” con los autores y con los inter-locutores. Un inter-locus, un entre lugar, un lugar móvil, tanto en el discurso como en la significación. Pero también, desde nuestra perspectiva, un espacio que cobije la identidad de los que participamos en el curso, desde el curso y con nuestros propios y apropiados medios de relacionarnos y abrirnos a la divergencia. Habilitarla como posibilidad disruptiva y favorecedora de nuevos modos de conocer, más allá de la tradición consolidada en la ciencia de corte moderno. Ante ello, ofrecemos y nos ofrecemos “otro leer”, tal como se revisita en el siguiente párrafo:

En la escuela podía fantasear con algo diferente, hablar de mundos posibles que emergían de la cultura letrada, la cual, estaba transitando y además me resultaba ameno el hacerlo. Los docentes fueron los que me permitieron acceder a un objeto que podía ser mío sin necesidad de comprarlo, los saberes estaban ahí y me eran ofrecidos de una manera sustantiva. Además, con la promesa de que, si los tomaba, podrían cambiar mi vida. Ese doble juego de realidad-promesa resultaron ser centrales para poder avanzar en la construcción de una realidad alternativa a la constituida por la pobreza y el “problema social y autopercebido de mi sexualidad (Pedro).

Somos lectores, seguimos la “lectio”, lo que se nos imparte. Pero investigar desde el sujeto nos demanda el animarnos a tensionar perspectivas consolidadas que se han fosilizado en la Academia. Nuestro leer, esa otra “actitud lectora”, debe tender a fortalecernos en tanto partícipes que tensionan modos aggiornados al “status quo”. Compartimos las ideas que enuncian respecto a la perspectiva en tanto que “se busca que la persona se autoconciencie y sobre todo escuche su propia voz a través de su reflexión. [...] personas conocidas quienes frecuentemente acomodan la palabra para intercambiar con el corazón” (Walsh, 2013, p.138 en Ortiz y Arias, 2018, p.160).

La percepción de sí como diferente. Horizonte de autonomía... en la pluralidad

"-No creo que haya un lugar para mí aquí. No creo que haya un lugar para mí en este mundo.

- No es lo que el mundo tenga para ti, es lo que tú le aportas, y tú le aportas tanto. Lo resolveremos, lo haremos."

Anne with an E. Temporada 2, episodio 10

En este ejercicio colectivo de reflexión crítica sociosubjetiva fue necesario reconocerse como diferente y la diferencia apareció sin siquiera buscarla. Es que esta vivencia profunda se arraiga en nuestras historias y requiere ser reelaborada a lo largo de nuestras vidas.

¿De qué modo podría caber en los grupos de mi edad? Básicamente destacándome en “algo”. ¿Y cómo desviaría ese “algo” de mi condición de gay? Demostrando saberes diversos. De pronto mi diferencia social se debía desplegar en mi interioridad y desde allí re-emerger de manera destacada. ¿Cómo dejaría de ser “el maricón” para ser sólo Pedro? Y... demostrando saber, haciéndoles ver que era más que sólo “un marica más”. Trampa que de alguna manera tuve que visitar de manera reiterada a lo largo de muchos años...(Pedro).

Los cuatro nos sentimos diferentes en algún momento de nuestras vidas y, como se indica en las palabras precedentes, tuvimos que visitar esta vivencia e incorporarla de manera crítica en nuestros sentipensares. Esta vivencia se volvió constitutiva y se tradujo en prácticas, abordajes, miradas específicas a la hora de atravesar nuestras trayectorias formativas y profesionales. Podría decirse que esta vivencia nos situó en los márgenes, éramos partícipes, pero también observadores. Éramos parte, pero también estábamos afuera. Se sentaban las bases para poder situarnos desde “el borde”, para construir un pensamiento “de frontera” (Escobar, 2003; Valiente, 2020a).

Esta infancia, a su vez, tuvo otra impronta en mi subjetividad. La de sentirme diferente y nunca del todo miembro pleno de un grupo. [...] Me fui a vivir a la ciudad con mi madre y mi hermano menor. Mis experiencias eran distintas a las de mis pares, como así también mis palabras, mi manejo del tiempo y el espacio, mis significantes y significados. Yo era alguien de campo que vivía en la ciudad. [a la hora de elegir carrera] surgió el amor por la sociología. Para llevar adelante esta elección tuve que viajar a una gran ciudad y alejarme cada vez más del campo. Entendía que ser consecuente con esta decisión implicaba una renuncia y requería nuevas lealtades, surgía una nueva yo urbana y académica. [...] Con el tiempo el costo de esta renuncia

se hizo sentir y comencé a tomar decisiones que me acercaran nuevamente al campo. Llevó mucho tiempo entender que mi historia era la de alguien que vive cómoda entre dos mundos (Celina).

Desde muy pequeña destacaba por ser distinta al resto: distinta por disfrutar leer, por alzar la voz en público, por estudiar música, por no usar ropa de marca, por no tener padres divorciados, por no querer hablar mal de otros, por tener opiniones feministas cuando era mal visto y quejarme de las injusticias, por escuchar música de los '70, por ir a la Iglesia, por estar en un proyecto de investigación... Y esos son sólo algunos motivos. En cada grupo al que intentaba sumarme, rápidamente era vista como alguien extraño y eso difícilmente es vivido como algo bueno cuando sos niño o adolescente (Mariana).

Vivirse como diferente posibilita situarse en la vivencia del sujeto como un “alter”, un “otro”, entender que todos somos potencialmente diferentes. Somos seres únicos, diversos, irrepitibles, complejos y, en el afán de construir conocimiento, las ciencias sociales corren el riesgo de simplificar lo complejo. La estudiante del grupo lo percibe claramente en su relato: “Este grupo celebra la diferencia en este escrito. Ser nosotros mismos nos hace libres, felices” (Mariana).

Estas experiencias que fueron sentidas en el cuerpo sembraron el interés por una “escucha” diferente, que va más allá de oír al otro desde un lugar pasivo, e involucra todos los sentidos. Una escucha que resuena con la propuesta decolonial que nos interpela a establecer un posicionamiento ético político, un posicionamiento cuyo punto de partida es la comprensión profunda de que, en tanto sujetos, todos estamos atravesados por vivencias, que nos convocan y se hacen presentes en tanto ejercicio de revisita hacia un pasado que advierte sobre la necesidad de construir una versión “ajustada a las experiencias”, que también nos permita “ajustar las experiencias” de una manera “novedosa”, disruptiva. Donde la “lo epistémico” sea más que el “logos de la ciencia concretizada”, permita una manera renovada de hacer ciencias sociales, revisitando tradiciones de manera crítica y ofertándolas hacia el futuro para ser trabajadas por quienes buscan investigar desde los bordes.

No es nada fácil crecer siendo diferente. Es un desafío constante, es lucha. Contra el mundo que no te acepta, pero también contra vos mismo, porque toda la vida hay quienes se encargan de recalcar que no perteneces y que hay algo malo en vos. [...] Es entonces cuando podemos actuar, crear personajes que se amolden a lo que quieren de nosotros para no sufrir el rechazo. O podemos enfrentar estas voces y fortalecernos,

porque sabemos que el dolor de ser alguien diferente, de no mostrarnos como somos es todavía más insoportable que la soledad (Mariana).

En este sentido, Zemelman (2001) propone el desarrollo de un pensamiento epistémico que permita “reconocer diversidades posibles con contenido”, un momento pre-teórico, una construcción de relación con la realidad. Profundiza en la importancia de reflexionar acerca de la complejidad de lo real y los sujetos situados en el territorio, la complejidad de los sujetos que construyen la historia “sujetos múltiples que tienen distintas características, variados espacios, tiempos diversos y visiones diferentes del futuro desde las cuales construyen sus realidades” (Zemelman, 2001, p.16). Consideramos que el trabajo con las propias percepciones de sí como diferentes, contribuyen en este sentido y nos abren caminos para comprender las vivencias del otro como diferente y animarnos a profundizar en caminos de conocimiento alternativos. Preguntas, categorías, metodologías y técnicas se abordan de manera crítica, adaptándose a la realidad que se desea conocer y no lo contrario. Se despojan saberes previos y se abre una infinidad de posibles relaciones de conocimiento, o en palabras de Zemelman (2001): construcciones de relación con la realidad. En el mismo sentido, Escobar indica que “no es sólo una cuestión de cambiar los contenidos sino los términos mismos de la conversación. No es tampoco una cuestión de reemplazar las epistemologías existentes, las cuales ciertamente continuarán existiendo y, en cuanto tales, permanecerán viables como espacios de –y para– la crítica. Al contrario, lo que Mignolo arguye “es el espacio para una epistemología que viene de la frontera y tiende hacia las transformaciones políticas y éticas” (Escobar, 2003, p.66).

En la preadolescencia y adolescencia, etapas difíciles para mí por no encontrar un lugar en el que pueda ser yo misma sin ser juzgada, mi refugio fueron los libros (Mariana).

Recuerdo haberme ofrecido con mi compañera y amiga a ayudarle a estudiar, yo le explicaría, le ayudaría a completar su carpeta, hacer los trabajos prácticos y preparar el examen para que pudiera pasar de año. Fue un verano raro, mis otras amigas y compañeras salían a bailar, se juntaban, paseaban por la ría y nosotras nos pasábamos los sábados en la noche entre música, mate y geografía. [...] Mi amiga me decía que no todos dejan su momento de distensión para ayudar a los demás, para mí era mejor estar con ella estudiando, tomando mates que saliendo. [...] No hacía las cosas que capaz todos hacían a ciertas edades, pero esas diferencias que puedo reconocer las considero buenas, me marcaron un ritmo que intenté seguir y que me encaminaron a este presente (Mónica).

A su vez, este posicionamiento ético y político requiere comprender que ingresamos a un campo de juego en el cual se despliega una corpa política, narrativas de ciertos actores y sectores producto de luchas históricas que se van haciendo cuerpo y atraviesan el encuentro de los actores: investigadores, referentes de organizaciones, funcionarios, miembros de las comunidades. Entender que todos somos un alter de otro, que nos senti pensamos como alteridades atravesadas por una multiplicidad de factores; alteridades que pueden encontrarse en conflicto, pero que, al menos en última instancia, podemos buscar sostener el diálogo en búsqueda de la comprensión del otro.

[...] al tener que trabajar con jefes de comunidades originarias, quienes luego de tratarme de huinca de manera explícita, comprendieron con el tiempo que a pesar de mis raíces blancas/europeas/occidentales/gringas, compartía con ellos muchos significantes y vivencias comunes debido a mis raíces campesinas conectadas con la tierra y sus ciclos vitales. Luego de algún tiempo y varios encuentros, en los que fluyó la escucha mutua, el lonko más combativo al ver un video en el cual yo estaba trabajando caballos en el campo me dijo sorprendido “como dice Argentino Luna, sigue dando criollos el tiempo (Celina).

Valiente, trae la experiencia del Seminario "Movimientos de resistencia, sujetos y prácticas"⁵, espacio en el que nacen otros modos de investigar a los colectivos que participaban en el mismo, sostiene que “[el espíritu] no era funcionar como grupo, sino como una pluralidad de sujetos colectivos y singulares en torno a una perspectiva de lo colectivo, impulsando que cada grupo sea el estrategia de su propia resistencia, lucha y construcción de autonomía en sus propias comunidades, ya sea familiares, barriales, indígenas, urbanas. El desarrollar esta forma de relacionamiento entre sujetos fue fundamental para entender qué significa investigar desde el sujeto y no sobre el sujeto” (Valiente, 2020b, p.4).

La presencia de “otros” que brindaron su apoyatura

“Preparé un discurso muy largo y algo egocéntrico, pero lo dejaré de lado. Porque esta distinción no me pertenece sólo a mí. No estaría aquí si no fuera por gente muy importante en mi vida (...) Antes creía, erróneamente, que mis

⁵ La autora citada retoma la experiencia de otros, coordinadores y de quienes participaron en ese seminario, cómo sintieron esa relación entre sujetos.

logros eran sólo míos. Nada más alejado de la verdad. No sólo me ha alentado, apoyado, inspirado y tolerado mi grandiosa esposa, sino también el mejor grupo de amigos que cualquiera podría tener.”
The Big Bang Theory. Temporada 12, episodio 24

No quedaron fuera de las historias aquellos que nos sostuvieron, contuvieron, brindaron amor, motivaron... apoyaron. “Otros” generosos, amables, comprensivos que estuvieron presentes en momentos críticos y supieron abrirnos nuevos futuros posibles. Prácticas de afecto que con el tiempo quedaron plasmadas en nuestras propias prácticas.

Muchísimas veces pensé en cómo mi mamá se convirtió en la persona que me dio oportunidades. De pequeña la veía trabajar, aportar a la economía familiar y era ella, quien me compraba, las veces que se podía, lo que le pedía, como toda niña quería muchos juguetes, no los tuve como hubiese querido, pero cuando comencé a crecer y mis pedidos se trasladaron a libros, ella con esfuerzo pagaba mensualmente cuotas de enciclopedias y atlas. De alguna manera, en mi niñez y adolescencia se transformó en un pilar importante. [...] En la universidad, conté con compañeros que hoy son amigos que amo profundamente, ellos fueron paños de lágrimas, pasamos muchas cosas juntos, compartiendo desde adentro y desde afuera de la universidad (Mónica).

Afirmamos que la relación investigativa SUJETO \Rightarrow MUNDO \Leftarrow SUJETO consta de una dimensión ética inherente a la misma. Con ello fundamentamos el hecho de que la transmisión de los saberes investigativos y la praxis⁶ de investigar demanda de una generosidad que pueda “albergar a otros” que necesiten de ayudas que sirvan para apuntalar/sostener procesos crecientes de conocimiento/reconocimiento del campo y los propios sujetos “en el campo” y de los objetos complejos y la complejidad de su abordaje.

Considero apoyaturas importantes a los docentes del proyecto de investigación, ya que, aunque no tengo trato cercano con la mayoría, escucharlos y observarlos me ayuda a crecer, a cuestionarme. Agradezco ser parte de un grupo que no parece tener miedo a confrontar con ideas distintas, con chocarse con una realidad distinta a la esperada, o mejor dicho que a pesar del miedo se arriesga y sale al encuentro. Siento que las distintas experiencias de mi vida me prepararon para poder estar y ser investigadora con este conjunto de personas especiales, disruptivas y muchas veces rechazadas, que encuentran en esta comunidad científica un lugar donde pueden ser ellos mismos. Podría asegurar que otras personas no hubieran logrado que hoy me sienta tan atraída a la investigación (Mariana).

No solamente trabajar con aspectos cognitivos ligados a la lectocomprensión y producción académica, sino también, a poder saberse pertenecientes a una institución

⁶ Entendiendo “praxis” en el sentido freireano del término.

investigativa en la cual son reconocidos como “necesarios” para su desenvolvimiento. Entendemos también que las apoyaturas psíquicas son importantes, como nos advierte Käes (1993) cuando afirma que además de las brindadas por Freud: el yo, el cuerpo y la madre; él añade “el grupo. Afirmación que incluso en este curso, se reedita al aprestarnos a trabajar “en grupo”.

Luego ingresé a Ciencias de la Educación, el “mundo de la Facultad” era completamente “otro”, lleno de “otros”, gente muy diversa. Lugar de lugares, de habitabilidad, de diferencia. Ello me motivó a avanzar en la cursada, además de haber encontrado compañeros que cumplieron (lo entendía mucho tiempo después), las funciones de apoyatura sociopsíquica necesarias para poder avanzar en los estudios y afrontar con cierto nivel de éxitos, las demandas de los estudios universitarios (Pedro).

Sin darnos cuenta, el realizar un viraje del pensamiento a la emotividad, recuperar la importancia de estos otros que “afectaron” nuestras vidas, nos acercó aún más a la propuesta de nuevas formas de conocimiento. Ortiz Ocaña y Arias López (2018, p.159) abogan por un posicionamiento allocéntrico centrado en el cuidado del otro, y para ello citan a Figari “No se propone “sacar” información, sino que pretende producirla. Acompaña, escucha, da soporte y soporta, ríe, pone el hombro, abraza, guarda silencio, habla, transmite o comunica y si es necesario, no dice nada” (S. F., p.10). Desde esta perspectiva, la capacidad del cuidado, el afecto y el apoyo, son imprescindibles en el encuentro entre todos los sujetos involucrados en la producción de conocimientos. Y para encontrarse con la afectividad del “otro” es necesario una reflexividad previa con los propios afectos, un encuentro amoroso con aquello que nos emocionó y conmocionó.

Las características de las propias formaciones profesionales. Desmitificando lo instituido

"¿Por qué no animarlos a pensar por sí mismos? ¿Por qué enseñar sólo lo de antes? (...) Los soñadores cambian el mundo. Las mentes curiosas nos llevan adelante. Mi intención es formar estudiantes fuertes con futuros brillantes, no sólo por ellos, sino por todos."

Anne with an E. Temporada 2, episodio 10

En el desandar de aquellos hitos constitutivos que nos marcaron, reelaboramos nuestras vivencias y hacemos consciente su peso constituyente. Vimos cómo estas

experiencias se sumaron a nuestras cajas de herramientas dando características únicas y específicas a los procesos de formación profesional de quienes escriben estas palabras.

Cuando pienso en mi formación profesional, en esos profesores que con su manera de enseñar me transmitieron el gusto por la disciplina, no puedo dejar de mencionar a mi profesora de secundaria. Era muy exigente, pero transmitía la geografía y enseñaba de una forma que no había conocido antes. Ella fue fundamental al momento de tomar la decisión de seguir una carrera universitaria, de seguir la geografía. Le pregunté si tenía potencial para “esto” y su respuesta fue un “Si” sin dudarlo. Cuando la carrera comenzó a dictarse en 1999, no lo dudé, era lo mío, quería estudiar geografía (Mónica).

Pero antes debieron cruzarse con el monismo metodológico que imponía con fanfarria las reglas de un “buen científico”. A medida que compartíamos experiencias nos sentimos espejados en la presión ejercida por el mandato de la “objetividad”. Involucrar la subjetividad, los sentimientos, las emociones, incluso estudiar temáticas que tuvieran relación con lo personal, no formaba parte del proceder científico. La construcción del objeto a investigar requería no involucrarse con el mismo, mirar desde lejos, sin emitir opiniones que pudieran incidir sobre el resultado final. Todo lo que nos constituye como sujetos, que nos atraviesa y se expresa a través de nosotros, debía quedar fuera del campo de estudio “colgado en una percha”. Se nos enseñó que debíamos ser sujetos capaces de fraccionarnos y despojarnos de nuestra subjetividad, nuestras emociones, vivencias y representaciones. En definitiva, debíamos enajenarnos en el proceso de construcción de conocimiento.

El positivismo me golpeó con sus estructuras y me quedó pegado en la piel. Estadística, diferencias entre dimensiones, categorías, indicadores e índices, aparecían como fundamentales en el ejercicio de la sociología. A mí no sólo me aburrían, sino que no daban cuenta de lo más interesante del mundo social: los sujetos vivos, sujetos diversos, sujetos con experiencias únicas e irrepetibles. Tuve una materia estadística y tres metodologías, sólo una de estas últimas estaba orientada a la metodología cualitativa. Bourdieu aparecía al rescate y abría nuevas posibilidades de conocimiento que realmente me implicaban. Desafiante, indicaba que la honestidad intelectual requería que el investigador hiciera explícitas las propias subjetividades con las que ingresaba al campo de investigación y ponía en primer lugar la comprensión de las subjetividades de los actores a través de sus expresiones y la interpretación que realizan de sus vivencias. Aparecía la importancia de la palabra y la escucha, la complejidad y riqueza de las entrevistas en profundidad (Celina).

La presión era tan fuerte que, en el caso de la estudiante, terminó constituyéndose en un fuerte prejuicio sobre la labor de los científicos que requirió un largo camino a revertir:

En la secundaria elegí la orientación en Ciencias Naturales, por lo tanto, mi formación en investigación era cuantitativa y naturalista, lo que me resultaba horrible. En el último año, cuando tuve la materia Proyecto y tuve que elegir un tema sobre el cual investigar, solicité armar mi proyecto en torno a una problemática social, lo que fue rechazado. Me negué de tal forma a hacer una investigación como la que se me pedía, que terminé aprobando sin haberlo realizado, compensando con otros contenidos. Basada en esta experiencia y en el caminar cotidiano, mi mirada sobre los científicos era negativa, creía que veían al mundo cómodamente desde sus escritorios sin involucrarse con las personas, viéndolas como objetos manipulables, sin relacionarse con las problemáticas cotidianas del contexto donde están (Mariana).

Consideramos oportuno recuperar las palabras de Torres Carrillo, quien profundiza acerca del determinismo, la objetividad y la universalidad como principios heredados del positivismo “su pretendida neutralidad, al ser cada vez más evidentes su compromiso con los poderes establecidos, su eurocentrismo, su colonialismo y su desprecio por los saberes provenientes de otras prácticas sociales.” (Torres, 2021, p.33). Estas formas de producción de conocimiento son las únicas reconocidas como legítimas y reposan su validez en la reproducción acrítica de categorías que no necesariamente dan cuenta de la realidad con la cual se desea establecer una relación de conocimiento.

La vida cotidiana requería grandes sacrificios. Durante mucho tiempo no tuvimos agua corriente y la acarreamos con baldes, se calefaccionaba a leña y carbón, se lavaban los elementos cotidianos en fuentesones, usábamos una letrina. [...] Muy pocos de mi entorno pueden decir que tuvieron vivencias similares, para los míos eran cotidianas... sin embargo yo era una oligarca terrateniente, categoría que hasta el día de hoy me aplican en muchas situaciones no sin cierta liviandad. Esta experiencia en primera persona hizo que comprendiera en sentido profundo que las categorías no dan cuenta de la infinidad de matices que brinda la realidad, y el riesgo de intentar ajustar el campo a investigar a las estructuras conceptuales con las que, creemos, podremos explicar mejor esa realidad (Celina).

A su vez, Zemelman indica que “el canon metodológico, o sea las normas metodológicas, pueden ser grandes trampas también para el pensamiento” (2001, p.6). Remarca la importancia de realizar un posicionamiento epistémico para evitar desajuste entre teoría y realidad. Para este autor, “el ritmo de la realidad no es el ritmo de la construcción conceptual. Los conceptos se construyen a un ritmo más lento que los cambios que se dan en la realidad externa al sujeto, por eso constantemente se está generando un

desajuste” (2001, p.1). Es necesario un pensamiento epistémico, una continua revisión crítica de la teoría. Este mismo autor indica “no se trata de decir: tengo los conceptos y construyo un discurso cerrado, lleno de significaciones; se trata más bien de partir de la duda previa, anterior a ese discurso cerrado, y formularse la pregunta ¿cómo me puedo colocar yo frente a aquello que quiero conocer?” (2001, p.3).

Las trayectorias en investigación

“No es malo pensar que no hay nada inmutable. Puede ser un acto de rebeldía, pero sano para la sociedad [...] Un sutil velo separa la verdad de la mentira y a veces somos nosotros quienes no queremos descorrerlo. Por eso preferimos quedarnos con la versión que nos cuentan, aunque se sustente en bases de barro en lugar de sólidos cimientos. La llave para abrir esa puerta puede estar en la curiosidad, en la incómoda incertidumbre [...] Cuestionarse no es de débiles, sino de subversivos: es el antídoto contra la arrogancia y el dogma”
Tarín, 2006

En la reflexión colectiva, coincidimos en que la forma de encarar/practicar/realizar la investigación hoy es diferente a la de nuestra formación (por lo menos la de los “más grandes” del grupo), la cual, como se mencionaba en el apartado anterior, estuvo marcada fuertemente por la importancia de la objetividad en el proceso de investigar.

Hoy conocemos, se nos presenta una nueva forma de investigar, una en donde la investigación es en colabor, “aquella en que el planteamiento del problema, el desarrollo de la pesquisa, la elaboración de los productos y la devolución de los resultados se realizan en conjunto” (Duarte y Berrío, 2011 en Ortíz y Arias, 2018 p.145). Los escenarios investigativos desde estas perspectivas implican también la posibilidad para los investigadores y las investigadoras de generar un proceso reflexivo sobre sí mismos, de escuchar y observar las transformaciones subjetivas que se generan en ella o él y en los otros con los que comparte esa aventura. Permittedose así, el asombro y el dejarse llevar de la mano de los niños, niñas y jóvenes, por sus historias, comprensiones sociales y las acciones que cotidianamente realizan, en aras de —con ellos y ellas— realizar fisuras en lo establecido y avanzar en el empoderamiento de todos los participantes de la investigación, en nuevas rutas de resistencia e insurgencia, de caminos alternativos hacia las paces

cotidianas que se generan desde el compromiso ético y apasionado por los otros, por el mundo (Arroyo y Alvarado, 2016 en Ortíz y Arias, 2018 p.145).

Mi formación y trayectoria dentro de proyectos de investigación siempre tuvo una mirada muy objetiva, la subjetividad no tenía lugar, es más, eso no era correcto, por lo que, a partir del comienzo en 2021, tengo la oportunidad de conocer la investigación con otra mirada, una que me gusta, que me lleva a no dejar de lado mi experiencia personal, una mirada que me gusta y que creo que no voy a dejar, me cuesta dejar tantos años de no involucramiento, pero creo que todo se aprende (Mónica).

Ahora bien, la única forma de hacer la paz es por medio de la decolonialidad holística, porque por nuestras venas corre la colonialidad del saber, el poder, el ser y el vivir. Es muy difícil configurar la paz sin descolonizar el saber y el vivir. Según Arroyo y Alvarado (2016), “investigar desde una perspectiva decolonial y en colabor no solo implica rupturas metodológicas y epistemológicas, sino que también se convierte en una apuesta ética y política de quienes quieren replantear las formas tradicionales de realizar investigación y de aproximarse a los sujetos con los que se investiga” (Arroyo y Alvarado, 2016 en Ortíz y Arias, 2018 p.138).

Valiente (2020a), en su adhesión a la propuesta de investigar desde el sujeto, nos permite entender la importancia de buscar otros modos de hacer ciencia (p.4):

[...] adhiero al desafío de sentirse parte del sujeto que se pretende conocer incursionando en el ejercicio de teorizar, de nombrar lo que se está pensando y de anteponer la escucha como una manera de escapar a la reproducción de relaciones de dominio y violencia en las formas de investigar, para evitar el extractivismo cognitivo y la reproducción de teoría y autores que conducen a engrosar los diagnósticos existentes sobre la realidad, sin poder dar cuenta de los procesos emergentes (Valiente, 2020b, p.10).

Pero, además, en esta propuesta la dimensión colectiva es fundamental, “esta modalidad de producción de conocimiento se caracteriza por ser intencionada, colaborativa y solidaria. Para iniciarse en esa práctica propone acciones tales como formar un equipo de investigación con el colectivo de trabajo, definiendo con ellos las preguntas/problemáticas a abordar, así como la asignación de roles y responsabilidades para encarar conjuntamente la reconstrucción descriptiva y narrativa de la experiencia en un proceso de organización social” (Valiente, 2020a, p.6).

Es evidente que no es lo mismo hablar de investigación desde la óptica del investigador y colonizador que hablar de investigación desde la mirada del investigado y

colonizado. Toda metodología de la investigación es colonizante. Todo investigador es colonizador. Desde la perspectiva del colonizado, “la palabra investigación es probablemente una de las palabras más sucias en el vocabulario del mundo indígena” (Smith, 1999, p.1). La investigación fue asumida en/desde Abya Yala como un proceso deshumanizante, un conjunto de acciones colonizantes que causaron dolor y sufrimiento (Ortiz, Arias y Pedrozo, 2018b en Ortíz y Arias, 2018, p.153).

Tristemente también conocí a profesores que más de una vez me humillaron, se burlaron, impartieron correcciones de forma “no tan amable”, de ellos aprendí que cuando fuera yo la que estuviera en ese rol, no debía ser igual, al contrario, debía ser mejor. Algo que me propuse fue no ser igual a quienes en los finales de una mala forma hacían correcciones, o en clases resaltaban que por no estar recibidos y ser ya profesores, mi opinión no valía. Me propuse hacer lo contrario, creer y actuar pensando que mis estudiantes pueden ser mejores que yo, que se superen cada día, no sé si lo estaré logrando, pero tengo buenas críticas (Mónica).

Ortiz Ocaña y Arias López (2018), llevan esta propuesta al extremo hacia un desprendimiento metodológico y nos plantean un salto al vacío a la hora de pensar las formas de hacer conocimiento. Consideran necesario desengancharse de las nociones de investigación, metodología, técnicas e investigador, “pensamos que no solo es el “investigador” quien debe observar, encuestar y entrevistar. Esto lo convierte en un colonizador epistémico. El “investigador” no debe utilizar estrategias, ni métodos ni técnicas de investigación. Más aún, el “investigador” no debe ser un investigador sino un actor, un facilitador de procesos liberadores, un mediador decolonial. La investigación en sí misma es un elemento dominador; por ende, no debemos continuar utilizando el término “investigación” porque “domina” y “aliena” la decolonialidad” (p.155). Torres Carrillo (2021) avanza en una propuesta que construye el conocimiento desde la práctica con los otros. Defiende la “sistematización como forma de producción de conocimiento sobre y desde prácticas sociales, culturales y educativas” (p.27). La misma no sólo está presente en diferentes procesos de organización social y acción colectiva, sino que ya tiene peso de metodología reconocida en algunos procesos de formación profesional y también dentro de la investigación social. A su vez fue incorporada en la planificación e implementación de políticas públicas.

Mi paso siguiente fue ingresar al mundo laboral de las políticas públicas, aportando una mirada social en cada una de las acciones realizadas. Convocando a reflexionar

acerca de las otras racionalidades con las que trabajábamos, no siempre iguales, no siempre predecibles, no siempre capitalistas, no siempre meritocráticas, nunca con la misma disponibilidad de herramientas para la vida de quienes pensaban estas políticas. Era necesario conocer, preguntar, comprender, compartir, con “el otro” real, de carne y hueso, destinatario final de estas decisiones; para de esta manera repensar, modificar, ajustar aquello que fuera necesario. Aunque no lo supiera, en esta etapa incorporé muchos instrumentos que me fueron, y siguen siendo, de utilidad a la hora de caminar los caminos de la investigación formal (Celina).

La sistematización marca un camino en este sentido, una posibilidad de establecer relaciones de conocimiento distintas

Hemos entendido la sistematización desde una perspectiva interpretativa crítica, y en términos metodológicos, como investigación cualitativa y participativa. [...] las cuales reivindican la intención transformadora de la investigación, valoran la dimensión cultural e intersubjetiva de las prácticas e instituciones sociales e involucran a los propios actores en las decisiones y operaciones propias de la producción de conocimiento. [...] que a partir de la reconstrucción narrativa y la interpretación crítica de los dimensiones, sentidos y racionalidades que las constituyen, busca potenciarlas y contribuir a la teorización del campo temático en el que se inscriben (Torres, 2018, p.38).

Resta mencionar que, para este autor, uno de los mayores aportes de la sistematización es favorecer el pensar emancipador, “su carácter localizado permite reconocer, interrogar y afirmar diversos sujetos colectivos y maneras de producir saber” (p.38).

Así, animarse a establecer una relación de conocimiento con una comunidad o un grupo de personas desde esta perspectiva, se vuelve una instancia emancipadora para todos aquellos que participan en el proceso. Instancia que debería ser incorporada en el proceso mismo de formación ya que el aporte de los estudiantes es invaluable en tanto miembros de la sociedad. La estudiante del grupo, es muy clara a la hora de repensar el rol que ocupa y participar en grupos de investigación críticos, no sólo en su propia formación, sino también en la práctica profesional.

La experiencia sumamente positiva que tengo sintiéndome parte de la comunidad científica me lleva a cuestionar, como alumna universitaria, por qué soy minoría en este ambiente. Creo necesario pensar maneras de acercar la investigación a la sociedad en general y especialmente a los alumnos de la universidad (que serán los encargados de trabajar como profesionales siendo parte de la sociedad). Investigar es para mí fundamental en el proceso formativo, donde necesitamos formar personas críticas, abiertas y cuestionadoras del sistema vigente [...] Formar parte, al menos

temporalmente, de un proyecto de investigación, favorece que los mismos alumnos nos constituyamos autodidactas en nuestro proyecto formativo y no nos conformemos con los autores que presentan los docentes en las cátedras. A su vez refuerzan la importancia de confluir la teoría dentro la práctica y dejar de ver nuestra praxis como algo lejano a la academia. Para mejorar las prácticas debemos incorporar y saber problematizar la teoría (Mariana).

Lejos de ser... un cierre

“Aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir siquiera que no se pueden decir, para que se entienda que el callar no es no haber qué decir, sino no haber en las voces lo mucho que hay que decir”
Sor Juana Inés de la Cruz: Respuesta a Sor Filotea de la Cruz. Ciudad de México, 1701

A lo largo de este camino autorreflexivo, pudimos visualizar que nuestras propias vivencias contribuían a una forma de conocimiento diversa, otra. Entrelazamos nuestras historias, trayectorias, recorridos, con una multiplicidad de “otros” posibles. Otros con los cuales compartimos ser sujetos constitutivos de subjetividad, sujetos situados en el tiempo y el espacio (otros tiempos y otros espacios), sujetos que deben ser escuchados desde un lugar de respeto y a través de una escucha latente. Sujetos con los que se puede, y se debe, establecer una relación de conocimiento.

Pudimos comprender la manera en que estas experiencias impactaron de manera directa en nuestras formaciones y en las propias trayectorias investigativas, ampliando aún más nuestro interés por los sujetos situados y abriéndonos a la perspectiva de lo inédito. Comprendimos que somos permanentes alteridades y en este despojo de lo identitario, se nos abre un mundo de posibilidades a ser co-construidas entre todos los actores en juego.

A su vez, este ejercicio reflexivo fue un trabajo con la propia implicancia. Comprendimos en sentido profundo que pensar desde la perspectiva del sujeto es pensar sobre los problemas de los que somos parte como sujetos implicados, que esto amplía el horizonte de autonomía.

Comprendimos que es necesario realizar un acto de coraje y despojarse de las categorías, las metodologías y las técnicas para avanzar en el desarrollo de procesos de conocimiento/prácticas emancipadoras. Que todo proceso es con y para el sujeto y que el

camino es desde el egocentrismo del científico enraizado en la academia hacia el alocentrismo del facilitador de relaciones con el conocimiento situado.

Pero por sobre todas las cosas, comprendimos que se nos abren nuevas puertas, que se nos desafía a pensar aún más distinto y que este es un camino fascinante que recién comienza.

Referencias bibliográficas

Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. El programa de investigación de modernidad/colonialidad latinoamericano. *Tabula Rasa*, (1), 51-86.

Käes, R. (1993). *El grupo y el sujeto del grupo*. Barcelona, España: Amorrortu.

Ortiz Ocaña, A., y Arias López, M. I. (2019). Hacer decolonial: desobedecer a la metodología de investigación. *Hallazgos*, 16(31), 147-166. doi: [10.15332/s1794-3841.2019.0031.06](https://doi.org/10.15332/s1794-3841.2019.0031.06)

Salcido Serrano, R., y Sandoval Álvarez, R. (2016). *El problema y el sujeto en la investigación. Metodología y Epistemología crítica*. Guadalajara, México: Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.

Sandoval Álvarez, R. (2006) Escuchar, acompañar, enlazar para construir lo colectivo. *Bajo el Volcán*, 6(10), 141-148.

Torres Carrillo, A. (2021). Hacer lo que se sabe, pensar lo que se hace. La sistematización como modalidad investigativa. *Prospectiva. Revista de Trabajo Social e intervención social*, (31), 27-47. doi: 10.25100/prts.v0i31.10624.

Valiente, S. (2020a). Posicionar la investigación de borde. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 10(1).

Valiente, S. (2020b). *Ser sujeto implicado y situado en la investigación*. Texto inédito.

Zemelman, H. (2001). *Pensar teórico y pensar epistémico. Los retos de las ciencias sociales latinoamericanas*. México: IPECAL. Recuperado de <http://repository.unad.edu.co/bitstream/10596/5564/1/Documento7.pdf>

Otras referencias

De Vito, D. (1996). *Matilda* [Film]. TriStar Pictures. Universal Pictures.

Etimología de escándalo. (S. F.). Recuperado de <http://etimologias.dechile.net/?esca.ndalo>

Lorre, C., Prady, B., y Aronsohn L. (2007). The Big Bang Theory Temporada 12, episodio 24 [capítulo de serie]. Warner Bros y Chuck Lorre Productora.

Montgomery, L. M. y Walley Beckett, M. (2017). Temporada 2, episodio 10 [capítulo de serie de plataforma de streaming]. Por E. Bradley, A. Sapot, S. Catto, D. Hayward, A. Owen, M. de Pencier, M. Walley-Beckett y K. Girotti (Productores ejecutivos). *Anne with an E*. Pelican Ballet, Northwood Entertainment. Netflix.

Sor Juana Inés de la Cruz: Respuesta a Sor Filotea de la Cruz. Ciudad de México. (1701). Recuperado de <https://ensayistas.org/antologia/XVII/sorjuana/sorjuana1.htm>

Tarín, S. (2006). *Viaje por las mentiras de la Historia Universal*. Grupo editorial Norma.

Post scriptum

Es nuestra intención hacer un obsequio a los lectores, que puedan tener “de primera mano”, las escrituras suscitadas por nuestros diálogos. Aquí encontrarán a los autores de una manera diferente, aquí estamos nosotros, nuestras reflexiones en voz alta, porciones de nuestra historia personal que queremos compartirles. Esperamos que sea de su agrado pues, a diferencia de lo precedente, aquí está la dureza de nuestra relación con el mundo y la simplicidad de nuestro pensar acerca de nuestra “travesía vital”. Sírvanse transitarlos con la seguridad de que lo aquí escrito, da cuenta de cada uno y de nuestras univocidades revisitadas a partir de la cursada. Sean bienvenidos...

Mariana... la pendeja

No recuerdo en qué momento aprendí a leer con exactitud, pero sé que en jardín y en primer grado solía pasar el tiempo inventando historias y haciendo otras cosas mientras mis compañeros daban sus primeros pasos en la lectura. Crecí en un hogar de lectores ávidos: mi madre, profesora de lengua y literatura que disfruta leer; mi hermano, que aprendió con el diccionario y está enamorado de los libros de nuestra biblioteca; mi padre, no es fanático de la lectura, pero siempre nos animó, nos leyó cuentos infantiles antes de dormir y nos compró cuanto libro pedimos.

En la preadolescencia y adolescencia, etapas difíciles para mí por no encontrar un lugar en el que pueda ser yo misma sin ser juzgada, mi refugio fueron los libros. Devoraba sagas enteras durante las horas que tenía libres, especialmente durante las vacaciones. Recuerdo que intentaba compartir sobre lo que leía con mis amigos, pero era rechazada casi siempre, excepto por una amiga. Con ella compartimos pasión por la lectura y logramos construir juntas un refugio literario frente a los ataques de otros que nos acusaban de “nerds” o raras.

Ser diferente es una constante en mi vida. Desde muy pequeña destacaba por ser distinta al resto: distinta por disfrutar leer, por alzar la voz en público, por estudiar música, por no usar ropa de marca, por no tener padres divorciados, por no querer hablar mal de otros, por tener opiniones feministas cuando era mal visto y quejarme de las injusticias, por escuchar música de los '70, por ir a la Iglesia, por estar en un proyecto de investigación...

Y esos son sólo algunos motivos. En cada grupo al que intentaba sumarme, rápidamente era vista como alguien extraño, y eso difícilmente es visto como algo bueno cuando sos niño o adolescente.

La presión social era mucha, y si bien en casa fomentaban que pueda ser yo misma, el miedo de ser rechazada, de no tener amigos, me llevó a fingir ser como los demás. Me acostumbré a usar distintas máscaras según con quién estaba, convirtiéndome en la epítome de cada grupo, y por un tiempo funcionaba. Sin embargo, no tardaban en surgir distintos problemas, peleas, exclusiones, incomodidades. Aunque durante mucho tiempo culpé al resto por esto, hoy puedo ver que el factor común estaba en mí. Pasé tanto tiempo fingiendo ser alguien que no era para no ser "diferente", y terminé perdiéndome a mí misma en el proceso. Me convertí en alguien diferente de mí y eso me impedía ser feliz.

No es nada fácil crecer siendo diferente. Es un desafío constante, es lucha. Contra el mundo que no te acepta, pero también contra vos mismo, porque toda la vida hay quienes se encargan de recalcar que no perteneces y que hay algo malo en vos. Es un discurso tan fuerte que penetra en nuestro interior y permanece dando vueltas allí, esperando un momento de flaqueo para aparecer y llamar a nuestras inseguridades. Es entonces cuando podemos actuar, crear personajes que se amolden a lo que quieren de nosotros para no sufrir el rechazo. O podemos enfrentar estas voces y fortalecernos, porque sabemos que el dolor de ser alguien diferente, de no mostrarnos como somos es todavía más insoportable que la soledad.

Tardé varios años en aceptarme como realmente soy, y si bien sé que tengo por delante muchos años más de lucha, de autodescubrimiento, de crecimiento y aprendizaje, hoy no me siento sola en este camino. La vida me fue llevando a encontrarme con otras y otros con experiencias y sentires similares, con quienes supimos construir distintos espacios de amistad, respeto y cuidado mutuo, vínculos en los que procuramos alimentarnos y crecer juntos. Entre ellos, encuentro a estos peculiares compañeros que supieron acogerme siendo una “pendeja” con muchísima menos experiencia (de formación, de investigación y de vida) y tratarme como par. Este grupo celebra la diferencia en este escrito. Ser nosotros mismos nos hace libres, felices.

Sin embargo, para llegar a ser miembro del equipo de investigación e interesarme en esto tuve que romper con fuertes prejuicios que había construido a lo largo de mi trayecto formativo. En la secundaria elegí la orientación en Ciencias Naturales, por lo tanto mi formación en investigación era cuantitativa y naturalista, lo que me resultaba horrible. En el último año, cuando tuve la materia Proyecto y llegó la hora de elegir un tema sobre el cual investigar, solicité armar mi proyecto en torno a una problemática social, lo que fue rechazado. Me negué de tal forma a hacer una investigación como la que se me pedía, que terminé aprobando sin haberlo realizado, compensando con otros contenidos. Basada en esta experiencia y en el caminar cotidiano, mi mirada sobre los científicos era negativa, creía que veían al mundo cómodamente desde sus escritorios sin involucrarse con las personas, viéndolas como objetos manipulables, sin relacionarse con las problemáticas cotidianas del contexto donde están.

Cuando ingresé a la universidad, mi hermano fue convocado en proyectos de investigación. No sabía exactamente qué hacía, simplemente lo veía mucho tiempo en los box con sus docentes, lo que reforzó mi teoría acerca de la investigación. Sin embargo, cuando me cambié de carrera e ingresé a Trabajo Social, en las primeras semanas de clases fui invitada por uno de mis profesores a formar parte de un nuevo proyecto de investigación. Siendo honesta acepté únicamente pensando en la posibilidad de tener un mejor currículum en el futuro, no sabía de qué se trataba ni creía que sirviera.

Una vez que ingresé al equipo, me sorprendí al encontrarme con muchos docentes que conocía mi madre, escucharlos hablar con pasión sobre las problemáticas sociales y cómo ellos se sentían implicados comenzó a cuestionar mis prejuicios acerca de la investigación. Mientras transitaba la experiencia, si bien estos prejuicios seguían guiándome, comencé a fascinarme por este tipo de investigación que buscaba involucrarse, escuchar, cuestionar y develar aquello que no se podía ver a simple vista. Y aunque disfrutaba aprender el Análisis institucional, no llegaba a sentirme parte del equipo de investigación. Consideraba que *estaba, pero no era* investigadora. Esta creencia hacía que participara de las reuniones y discusiones, pero con una actitud más bien pasiva, aguardando órdenes de mi profesor, mirando “desde afuera” lo que se hacía.

El punto de inflexión fue la reunión científica en la que asistió como invitada Lidia Fernández. Mi rol era ser observadora, lo que no me entusiasmaba por no comprender su importancia (aunque Marta, la directora, repetía una y otra vez que era fundamental el aporte). El último día, en la reunión de equipo con Lidia, pude expresar mis prejuicios sobre los científicos y también reflexionar sobre mi implicación en el proyecto. Al hablar tenía temor de ser regañada, expulsada del equipo. Sin embargo, no sólo fui aceptada, sino que en muchas cosas me dieron la razón y me ayudaron a profundizar en las reflexiones. Luego de eso, comencé a identificarme como una investigadora social y a pensarme a futuro siendo parte de proyectos.

Silvia Valiente, al hablar sobre la experiencia de Rafael Sandoval Álvarez en el texto *Ser sujeto implicado y situado en la investigación*, utiliza una frase con la que identifico mi prejuicio con los investigadores: “*el autor hace una crítica a los académicos mostrando cierta falta de reflexividad autocrítica, entendida como esa escasa capacidad de volver la mirada sobre uno mismo y entablar un diálogo con quien piensa diferente*”. Que siendo parte de este equipo de investigación me encuentre con un constructo teórico al que podría adherir, refuerza este espacio como el lugar que invita reiteradas veces a cuestionarse y no aceptar lo establecido.

Considero apoyaturas importantes a los docentes del proyecto de investigación, ya que, aunque no tengo trato cercano con la mayoría, escucharlos y observarlos me ayuda a crecer, a cuestionarme. Agradezco ser parte de un grupo que no parece tener miedo a confrontar con ideas distintas, con chocarse con una realidad distinta a la esperada, o mejor dicho que a pesar del miedo se arriesga y sale al encuentro. Siento que las distintas experiencias de mi vida me prepararon para poder estar y ser investigadora con este conjunto de personas especiales, disruptivas y muchas veces rechazadas, que encuentran en esta comunidad científica un lugar donde pueden ser ellos mismos. Podría asegurar que otras personas no hubieran logrado que hoy me sienta tan atraída a la investigación.

La experiencia sumamente positiva que tengo sintiéndome parte de la comunidad científica me lleva a cuestionar, como alumna universitaria, por qué soy minoría en este ambiente. Creo necesario pensar maneras de acercar la investigación a la sociedad en general y especialmente a los alumnos de la universidad (que serán los encargados de

trabajar como profesionales siendo parte de la sociedad). Investigar es para mí fundamental en el proceso formativo, donde necesitamos formar personas críticas, abiertas y cuestionadoras del sistema vigente. En esto último veo la gran deuda del Trabajo Social. Si queremos pararnos desde una perspectiva histórico-crítica que busca la autonomía de los sujetos, es necesario que incorporemos al bagaje teórico las investigaciones que se están construyendo desde las periferias e incluso que nos animemos (y tengamos herramientas) para construir y explorar nuevas perspectivas.

Formar parte, al menos temporalmente, de un proyecto de investigación, favorece que los mismos alumnos nos constituyamos autodidactas en nuestro proyecto formativo y no nos conformemos con los autores que presentan los docentes en las cátedras. A su vez refuerzan la importancia de confluir la teoría dentro la práctica y dejar de ver nuestra praxis como algo lejano a la academia. Para mejorar las prácticas debemos incorporar y saber problematizar la teoría.

En mi caso ambos procesos, el de formación profesional y el de investigación, van de la mano. Ingresé al proyecto como alumna de primer año de Trabajo Social, lo que me permite tener un gran abanico de autores y perspectivas desde la cual mirar la profesión, y a su vez trabajar conceptos o categorías que son presentados en las cátedras, pero no profundizados. Sin embargo, también me encuentro con un obstáculo: mi experiencia en la investigación contradice lo que se sostiene desde algunas cátedras, especialmente desde algunas cuyos programas presentan las metodologías cuantitativas. Esta contradicción llevó a que mi concepción de cómo investigar entrara en crisis, ya que se aleja de lo que deseo hacer y ser. Frente a esto hago mías las palabras de Valiente para manifestar lo que me atrae de las metodologías cualitativas, que se permiten “... pensar más allá de lo evidente, del discurso manifiesto, lo cual requiere implicarse y situarse como sujeto parte del problema de la investigación que se pretende conocer y resolver.”.

A estos procesos incorporo la formación no académica que obtengo del caminar cotidiano en instituciones que trabajan con personas y comunidades vulnerables. Esta “militancia” que llevo haciendo desde la niñez, sumada a la formación teórica de la carrera y de la investigación me invita a coincidir con la propuesta de Sandoval Álvarez: “estaríamos posicionados en un horizonte político y organizativo donde la resistencia y la

rebeldía, la autonomía y la dignidad, orientarían la mirada y el caminar”³. Estas experiencias me hacen pensar en “... *la necesidad de generar espacios de articulación de resistencias y construcción de rebeldías: espacios para escuchar.*”⁴ dentro de la carrera de Trabajo Social. Es necesario que se nos enseñe a escuchar, prepararnos para ello. Así lograremos una práctica transformadora y emancipadora.

Mónica... La tragalibros

El primer recuerdo que tengo de estar frente a un libro por motivación propia fue a los siete años, había terminado primer grado y había aprendido a leer. Todo lo que tuviera letras, lo leía. Al llegar las vacaciones de verano, pasaba los días jugando afuera, pero lo alternaba con las relecturas del que, yo creía en ese momento, era el único libro que existía en mi casa, mi libro de lectura de primer grado “Yo solito”. Un día revisando un cajón, encontré una Biblia, ni enterada de qué libro era, le pregunté a mi mamá, ella me dijo que era un regalo de su suegra y como era un libro que tenía muchas páginas comencé a leerlo, no entendía nada, pero leía. A partir de los 11 años pasé todas las vacaciones de verano encerrada leyendo unas 150 revistas “Anteojito”, que una patrona de mi mamá (empleada doméstica) le había regalado ya que sus hijas habían crecido y no las querían más, fui tan feliz.

En segundo año de la secundaria tuve Geografía argentina con una profesora que no había tenido hasta el momento. La primera clase fue solo hablar de lo que íbamos a ver durante el año. Explicó todo lo que veríamos y quedé muy entusiasmada con eso. Uno de los trabajos que la profesora J. V. nos comentó que íbamos a hacer era una investigación sobre una región de la Argentina. Pero primero veríamos los temas más clásicos, me sorprendió el énfasis que ella ponía en los temas que involucraban al hombre (sociedad), ya que el año anterior todo fue sobre aspectos físicos. No solo me entusiasmó esa forma de hacer geografía, sino que encendió aún más el entusiasmo por la lectura, pero ahora, de atlas, enciclopedias y todo lo que tenía que ver con la geografía. Mi mamá, con mucho esfuerzo me compraba enciclopedias, libros, que hasta el día de hoy son tesoros para mí. Cuando comencé la universidad, las lecturas se limitaron a lo que debía aprender en cada asignatura, fue raro que leyera algo que no sea geográfico, pero al finalizar y después de un

“largo descanso” de leer solo autores disciplinares, comencé nuevamente a interesarme por la lectura. Y en un receso de invierno, mientras mi marido y su hija se iban a visitar en Buenos Aires a sus familiares, me quedé encerrada leyendo novelas, fueron dieciséis en total, día y noche leía. Fue un reconectarme con este hábito que me encanta.

Nunca había pensado en que mis acciones a lo largo de mi vida y formación académica iban a estar marcadas por ciertas diferencias. A diferencia de otros niños, que se pasaban el día jugando afuera o con juguetes, me gustaba leer y pintar. Pintaba y leía, creo que es un hábito que se puede transmitir, mi sobrino H. lo hace, lee muchísimo para su edad creo yo, con 10 años, puede estar encerrado en su habitación leyendo desde historietas hasta libros como Martín Fierro, solo por el gusto de sumergirse en historias. En mi sobrino me puedo reconocer, además le encanta el dibujo y la pintura. Hace poco le regalé un cuaderno de hojas blancas, me dijo que fue uno de los mejores regalos de su vida. Puedo verme en él y me emociona.

Cuando era adolescente, en la escuela tenía un grupo de amigas, recuerdo que una de ellas se había llevado geografía a febrero, tenía que aprender la materia completa, no entendía nada. Como yo había aprobado la materia sin inconvenientes, recuerdo haberme ofrecido con mi compañera y amiga a ayudarle a estudiar la materia, yo le explicaría, le ayudaría con completar su carpeta, hacer los trabajos prácticos y preparar el examen para que pudiera pasar de año. Mi amiga me decía que no todos dejan su momento de distensión para ayudar a los demás, para mí era mejor estar con ella estudiando, tomando mates que saliendo.

En segundo año de la secundaria tuve Geografía argentina con una profesora que no había tenido hasta el momento. La dinámica de sus clases tenía mucho trabajo en grupos, búsqueda sobre lo que veíamos en diarios, usábamos un libro pero había que siempre estar buscando recortes, videos, fotos, cosa que hasta ese momento no había experimentado, también teníamos que calcar mapas, algo que me llegó a gustar y era exigente conmigo respecto a mis mapas. Hacia el último trimestre teníamos que presentar un trabajo en grupo con la región asignada, tuvimos que desarrollar la región de Cuyo. Me encantó, todo lo que tuvimos que buscar, salir a bibliotecas, entrevistar personas, buscar imágenes, hacer cartografía, todo en grandes afiches, eso me atrapó, decidí que iba a estudiar geografía en

segundo año de la secundaria. Aprendí sobre un tema y un espacio del que no sabía nada. No fue quizá una experiencia de investigación, pero fue el primer acercamiento al trabajo que, en la universidad, conocí como inicios de investigación.

Muchísimas veces pensé en cómo mi mamá se convirtió en la persona que me dio oportunidades. De pequeña la veía trabajar, aportar a la economía familiar y era ella, quien me compraba, las veces que se podía, lo que le pedía, como toda niña quería muchos juguetes, no los tuve como hubiese querido, pero cuando comencé a crecer y mis pedidos se trasladaron a libros, ella con esfuerzo pagaba mensualmente cuotas de enciclopedias y atlas. De alguna manera, en mi niñez y adolescencia se transformó en un pilar importante. En otro sentido, mi tía E., su hermana, también estuvo al lado mío en muchas situaciones vividas. Ahora de adulta, sigue siendo fundamental para mí, lo mismo que mi madre, ella está siempre, en todo momento. Mamá siempre va a estar, ella había dejado de trabajar un tiempo y cuando le dije que quería comenzar a estudiar en la universidad, ella me sustentó, volvió a sus trabajos, ella era quien me mantenía, quien me daba el dinero de fotocopias, del colectivo, a veces del taxi hasta el anexo cuando tenía clases; recuerdo muchas noches en que salía tarde de cursar, doce de la noche y ahí estaba mi tía E. o mi tío o mi primo, quienes me llevaban a casa, recuerdo que los primeros trabajos de la universidad, los hacía en la computadora de mis primos y los imprimía en casa de mi tía. Mamá y mi tía me acompañaron siempre en las decisiones que tomé, las amo.

En la universidad, conté con compañeros que hoy son amigos que amo profundamente, ellos fueron paños de lágrimas, pasamos muchas cosas juntos, compartiendo desde adentro y desde afuera de la universidad. Mi amigo, compañero y hoy colega P., fue de fierro, él me llevaba, me traía, me banco en materias, pasamos muchísimas mañanas, tardes y noches leyendo, estudiando, hablando. C. es mi otra parte en el trabajo, es una persona que se transformó en mi conciencia muchas veces, mi consejero, no puedo visualizarme separada de él para trabajar, para escribir, para encarar proyectos, para hacer actividades, he llegado al punto de sentirme dependiente de él para cuestiones laborales. La universidad me ha dado personas con un valor incalculable.

Sin dudarlo, quienes hoy me sostienen en la vida personal y en la profesión, son mi esposo y mi hija, ellos me acompañan en todo, me apoyan, me esperan, me aguantan, me

“soportan”, son los que me ven y me escuchan las 24 horas, todos los días. Son mis pilares más próximos, me atrevo a pensar a futuro en lo profesional porque sé que van a estar conmigo.

Ingresé a la UNPA y el primer profesor que conocí fue al Dr. D. C., quedé maravillada con la primera clase de Introducción a la Geografía, confirmé que era este camino y mi objetivo era empezar y terminar la carrera. Aprendí mucho de él, fueron tres asignaturas en las que cursé acompañada de este docente, sus enseñanzas, formas de hacer trabajos prácticos, evaluar, fueron procesos que aprendí de él, los imité, marcó mucho mi formación. Tristemente también conocí a profesores que más de una vez me humillaron, se burlaron, impartieron correcciones de forma “no tan amable”, de ellos aprendí que cuando fuera yo la que estuviera en ese rol, no debía ser igual, al contrario, debía ser mejor. Algo que me propuse fue no ser igual a quienes en los finales de una mala forma hacían correcciones, o en clases resaltaban que por no estar recibidos y ser ya profesores, mi opinión no valía. Me propuse hacer lo contrario, creer y actuar pensando que mis estudiantes pueden ser mejores que yo, que se superen cada día, no sé si lo estaré logrando, pero tengo buenas críticas.

La investigación fue algo que desconocí con ese nombre, fue en la escuela secundaria en donde tomé contacto con esta práctica, motivada por docentes y en particular, la de geografía. La universidad, la carrera y en particular, la cátedra “Teoría y Metodología de la Investigación Geográfica fue el primer contacto con los procesos de investigación desde la práctica, en primer año cuando cursé ICC, conocí algunos aspectos teóricos, pero más adelante y acompañada de pares fue el momento en que comencé a entender lo que era hacer investigación.

En mi cuarto año en la carrera, me postulé a una beca de investigación de alumna avanzada, en un primer momento no le habían otorgado, pero como uno de los postulantes no había aceptado la beca, pude entrar como becaria de investigación, esa fue la primera experiencia de un trabajo sola, sin compañeros, guiada por una directora, fue muy enriquecedora la misma, me adentró a la investigación en proyectos de la universidad.

El camino dentro de los proyectos de investigación comenzó antes de recibirme y actualmente siguen siendo parte fundamental de mi carrera, he pasado por varias temáticas

y en 2018 llegó la oportunidad de codirigir. Hoy mi trabajo se centra en estudios culturales, investigo lo que me gusta, lo que llama mi atención, desde nuevas formas de investigar.

Mi formación y trayectoria dentro de proyectos de investigación siempre tuvo una mirada muy objetiva, la subjetividad no tenía lugar, es más, eso no era correcto, por lo que a partir del comienzo en 2021, tengo la oportunidad de conocer la investigación con otra mirada, una que me gusta, que me lleva a no dejar de lado mi experiencia personal, una mirada que me gusta y que creo que no voy a dejar, me cuesta dejar tantos años de no involucramiento, pero creo que todo se aprende.

Pedro... el gay

Nací en un hogar con una característica destacada, signado por la pobreza. Mi padre, mecánico cuentapropista con secundario incompleto, y mi madre además de ser ama de casa, empleada doméstica con sólo tercer grado de primaria cursado. Cinco hijos e hijas a los cuales criar y tratar de escolarizar de la mejor manera posible. Entre las muchas enseñanzas, una que más me marcó fue la de “poder estudiar”. Entendiendo que sólo podría salir de la pobreza a partir de lo que la escolarización me permitiese y/o impulsase.

Corrí con la suerte de haber tenido “buenos maestros”, profesionales apasionados por el saber y su transmisión que pudieron despertar en mí el interés por los saberes escolares. También, me habitaba el dolor y temor de tener que reprimir y ocultar el ser quien soy, una persona gay, para evitar el hostigamiento que por esos días signaban las prácticas sociales de adolescentes y adultos en mi Tucumán natal. ¿De qué modo podría caber en los grupos de mi edad? Básicamente destacándome en “algo”. ¿Y cómo desviaría ese “algo” de mi condición de gay? Demostrando saberes diversos. De pronto mi diferencia social se debía desplegar en mi interioridad y desde allí re-emergir de manera destacada. ¿Cómo dejaría de ser “el maricón” para ser sólo Pedro? Y... demostrando saber, haciéndoles ver que era más que sólo “un marica más”.

Trampa que de alguna manera tuve que visitar de manera reiterada a lo largo de muchos años, temeroso de que, por ser quien soy, no fuese respetado, o lo que es peor, aceptado. Buscando la aceptación aun inhibiendo mi propia persona. Transitando el dolor del ocultamiento “en solitario”. Siendo extrovertido, pero también cuidadoso de no

“mostrarme demasiado” como para exponer quién soy. Dos problemas constitutivos, la pobreza estructural y la condición de gay combinadas. Ellas me mostraron lo difícil de ser “diferente”, que el poder “pertenecer” demanda mucha energía de los sujetos para poder encuadrarse en lo socialmente correcto. También que el “diferente”, debe pagar un precio que no eligió pagar, que debe hacerlo por el hecho de querer vivir “en la sociedad”.

Los maestros de los que hablo hicieron un trabajo muy particular para conmigo, me mostraron que las personas “somos como somos”, y que lo importante de la misma estaba en poder ir construyendo una “historia alternativa” a lo que había vivido o estaba viviendo entre mi subjetividad y mi socialidad. La acción educativa me presentaba algo que “de suyo” (al parecer), mi vida no tenía: Oportunidades “otras”. En las cuales, podía desplegar mis capacidades de un modo “aceptable socialmente” y que, por ello; podía fantasear con una vida al menos, no tan hostil. Los Profesores no sólo me transmitieron su pasión por las disciplinas que enseñaban, sino, y es lo que debo tensionar, la idea/noción de que “educarse” (escolarizarse) era “un modo válido” de cambiar nuestras vidas. De manera tal que se pudiese “pensar siquiera” con una “vida otra”, un mundo otro “verdaderamente posible”.

Saberes que, desde esa íntima confianza, podrían sacarme de la condición de pobreza mediante la obtención de una “estabilidad socio-laboral” que me permitiese pensar que habría cierta regularidad en lo cotidiano y no sólo la lógica de “vivir el día a día”, cuando dicho proceso muchas veces fue “sobrevivir día a día”. En la escuela podía fantasear con algo diferente, hablar de mundos posibles que emergían de la cultura letrada, la cual, estaba transitando y además me resultaba ameno el hacerlo. Los docentes fueron los que me permitieron acceder a un objeto que podía ser mío sin necesidad de comprarlo, los saberes estaban ahí y me eran ofrecidos de una manera sustantiva. Además, con la promesa de que si los tomaba, podrían cambiar mi vida. Ese doble juego de realidad-promesa resultaron ser centrales para poder avanzar en la construcción de una realidad alternativa a la constituida por la pobreza y el “problema social y autopercebido de mi sexualidad”. Eso que me había hecho pensar en cómo haría para poder “participar de lo social” sin ser signado y/o rechazado y/o menospreciado y/u hostigado como sucedió hasta esos tiempos. Al terminar y egresar del colegio secundario, me inscribí en la Facultad de Derecho, un mundo de

etiqueta y nivel, de apariencias que demandaba de mí el poder transitarlo con ciertos “oropeles” propios del espacio del cual se hacía necesario adaptarse en caso de querer participar. Ante un reiterado intento y al no poder dar con los cánones para transitarlo, debiendo trabajar en diversas actividades cuentapropistas (otra vez la pobreza entronizándose), lo que no me permitía más que “sobrevivir” y, al no encontrar la posibilidad de continuar, dejé la carrera y la frustración fue importante. Luego ingresé a Ciencias de la Educación, el “mundo de la Facultad” era completamente “otro”, lleno de “otros”, gente muy diversa. Lugar de lugares, de habitabilidad, de diferencia. Ello me motivó a avanzar en la cursada, además de haber encontrado compañeros que cumplieron (lo entendía mucho tiempo después), las funciones de apoyatura socio-psíquica necesarias para poder avanzar en los estudios y afrontar con cierto nivel de éxitos, las demandas de los estudios universitarios.

Mis compañeras y compañeros me brindaron algo constitutivo para poder construir saberes que me permitiesen transitar la formación de una manera acompañada, con el cuidado de los afectos. De esos que con firmeza ejercieron la función de sostén. Los Docentes de la Facultad pertenecían en su mayoría a generaciones que habían atravesado la última dictadura cívico-militar en diferentes lugares. Algunos siendo proscriptos y expulsados de la universidad, otros (los más allegados al orden militar) continuaron dando clases impregnándolas de dos perspectivas muy marcadas. Una de tipo tecnocrática, ligada a un sistema de órdenes y regulaciones estrictas, cuasi-inamovibles; otra, más ligada a la reedición de tradiciones espiritualistas de corte católico. Maneras que habían atravesado gran parte de los ‘80 y el primer quinquenio de los ‘90 escasamente cuestionado. Ese sistema, percibido por algunas compañeras y yo como altamente opresor, era comparado con otras propuestas, más renovadoras. Lo que nos llevó a realizar un acto real de “apropiación de la palabra” que más de una vez generó cierto malestar en la comunidad de académicos. Los cuales, se habían mantenido en una cierta paz desde que se volviese a la democracia. Eso también colaboró a que entendiésemos que esa “libertad” que percibí al entrar a la Facultad, también podría estar enmascarando otras cosas. Y esas cosas se aunaban con la injusticia. Entiendo que dicha causa, puso en movimiento mis sentimientos de lucha, lo que trajo aparejado el que, ante mi percepción de actos/procesos injustos, me revelara y

confrontara con los docentes que generaban (desde mi perspectiva) dichas injusticias, lo que me acarreó más de un dolor de cabeza ante los embates que rápidamente desplegaban quienes se encontraban en una posición de poder respecto a mí en tanto estudiante. He participado en diferentes grupos dentro de nuestra cohorte, y todos, además de brindarme su apoyo, también sugerían que me callara, que evitase “confrontar” con los profesores porque siempre saldría perdiendo. Y al reflexionar sobre sus consejos, visceralmente se activaba en mí la bronca por tener que “someterme para poder seguir”. Resulta elocuente el pensar hoy, a la distancia, que la situación ambivalente que significó mi formación universitaria, implicó no sólo el tener que resolver solo y grupalmente muchos problemas propios de los estudios universitarios sino también, advertir que la simulación o el sometimiento fueron un “hueso duro de roer” para poder avanzar en los estudios y en la vida. Muchas otras cuestiones se han revisitado al momento de volcar en la escritura nuestras vicisitudes, pero ellas, merecen escrituras “nuevas y otras”; que entiendo irán surgiendo en la medida en que nos animemos a visitar críticamente nuestras experiencias vitales y las improntas que nos han dejado. Ya vendrán esos escritos.

Celina... la huinca

A la hora de pensar cuáles fueron las experiencias a las que puedo remontar mi interés con la investigación realizo un viaje en el tiempo y re-vivo mi infancia en el campo. Mi familia tiene un establecimiento ganadero, donde pasé todas mis vacaciones y fines de semana largos hasta que terminé mis estudios secundarios. En este lugar pasaba mucho tiempo solitario dedicado a la lectura. Mi madre es una lectora insaciable, y crecí con la imagen de ella libro en mano. En mi casa siempre circulaban libros. De muy pequeña me sumergí en una infinidad de novelas con multiplicidad de historias y personajes, ingresando a un mundo fascinante que me abría las puertas a las vidas de una diversidad de personajes, a un sinfín de lugares que esperaban ser reconstruidos en mi imaginación, a increíbles viajes en el tiempo. Una inmersión en mundos que no hubieran sido accesibles de otra manera. Por esta vía, las variables tiempo y espacio entraron tempranamente a mi vida y me permitieron entender que cada historia sólo es entendible en el marco de su propio relato y condiciones, que cada sujeto tiene una razón para actuar, sentir y pensar de la manera en

que lo hace. Nació un interés en las narraciones en primera persona y en la perspectiva del otro, que se mantienen hasta el día de hoy.

Esta infancia, a su vez, tuvo otra impronta en mi subjetividad. La de sentirme diferente y nunca del todo miembro pleno de un grupo. A la edad de cinco años tuve que iniciar mi inserción en la educación formal. Me fui a vivir a la ciudad. Mis experiencias eran distintas a las de mis pares, como así también mis palabras, mi manejo del tiempo y el espacio, mis significantes y significados. Yo era alguien de campo que vivía en la ciudad. Con el tiempo fui distanciándome de mis orígenes. Fui creciendo y esta característica se mantuvo. Cuando llegó la hora de pensar un futuro y elegir una carrera surgió el interés por la sociología. Para llevar adelante esta elección tuve que viajar a una gran ciudad, y alejarme cada vez más del campo. Entendía que ser consecuente con esta decisión implicaba una renuncia y requería nuevas lealtades, surgía una nueva yo urbana y académica.

Con el tiempo el costo de esta renuncia se hizo sentir y comencé a tomar decisiones que me acercaran nuevamente al campo. Llevó mucho tiempo entender que mi historia era la de alguien que vive cómoda entre dos mundos. Finalmente entendí que era esta diferencia la que me caracterizaba y aportaba riqueza a mi vida, y comencé a considerarme un híbrido. Para luego tener la oportunidad de integrar estos mundos, primero en el ámbito laboral y luego en el ámbito de la investigación.

En ámbito laboral, al tener que trabajar con jefes de comunidades originarias, quienes luego de tratarme de huinca de manera explícita, comprendieron que a pesar de mis raíces blancas/europeas/occidentales/gringas, compartía con ellos muchos significantes y vivencias comunes debido a mis raíces campesinas conectadas con la tierra y sus ciclos vitales. Luego de algún tiempo y varios encuentros, en los que fluyó la escucha mutua, el lonko más combativo al ver un video en el cual yo estaba trabajando con caballos en el campo me dijo sorprendido “como dice Argentino Luna, sigue dando criollos el tiempo”. En cuanto al ámbito académico, la vida me llevó a escribir acerca de actividades rurales, para luego dar continuidad a estas escrituras en el proyecto de tesis de una maestría, y finalmente sumarme a un grupo de investigación acerca del mundo de la vida rural, en lo cual profundizo más adelante. El mundo de la vida rural, además de ser mi origen y punto

de eterno retorno, me brindó un “campo de estudio” que me apasiona, al cual ya le dedicaba mi corazón y ahora podía repensar desde otro lugar. La paisana y la intelectual que me habitan descubren un punto de encuentro que no requiere que una de ellas se niegue.

En cuanto a mis tempranas intuiciones acerca del “otro”, comenzaron a tomar forma conceptual cuando ingresé a la Universidad, muchas veces encorsetadas en categorías no del todo acordes a estas realidades e intereses. El primer desfasaje se dio en el mundo de la metodología. El positivismo me golpeó con sus estructuras y me quedó pegado en la piel. Estadística, diferencias entre dimensiones, categorías, indicadores e índices, aparecían como fundamentales en el ejercicio de la sociología. A mí no sólo me aburrían, sino que no daban cuenta de lo más interesante del mundo social: los sujetos vivos, sujetos diversos, sujetos con experiencias únicas e irrepetibles.

El segundo desfasaje está directamente relacionado con una categoría emergente del pensamiento marxista: “la oligarquía terrateniente”. La percepción generalizada es que el oligarca vive de la renta de la tierra, no aporta nada al país, derrocha dinero y explota a quienes trabajan su tierra, mirando de manera condescendiente a todos los que no pertenecen a su clase. Mi historia poco tiene que ver con esta realidad. Si bien mi familia posee tierras y vive de la actividad agropecuaria, su historia es de mucho sacrificio. Mi papá se “deslomó” toda la vida laburando. Era el primero en subir al caballo y recorrer durante largas horas las grandes extensiones características de las estancias patagónicas. Su cuerpo tenía siempre marcas del esfuerzo físico: trabajo en corrales, alambrados, reparar cualquier elemento cotidiano que lo requiriera, rodeos, arreos, doma de caballos, etc. Mi mamá trabajó a la par, sosteniendo la dinámica de la casa familiar y la de la casa de los ovejeros. La vida cotidiana requería grandes sacrificios, durante mucho tiempo no tuvimos agua corriente y la acarreamos con baldes, se calefaccionaba a leña y carbón, se lavaban los elementos cotidianos en fuentones, usábamos una letrina. Muy pocos de mi entorno pueden decir que tuvieron vivencias similares, para los míos eran cotidianas... sin embargo yo era una oligarca terrateniente. Esta experiencia hizo que comprendiera que las categorías no dan cuenta de la infinidad de matices que brinda la realidad, y el riesgo de intentar ajustar el campo a investigar a las estructuras conceptuales con las que, creemos, podremos explicar mejor esa realidad.